

**DIEGO SZTULWARK**

**EL TEMBLOR DE**

**LAS IDEAS**

**BUSCAR  
UNA  
SALIDA  
DONDE  
**NO**  
LA HAY**



*Ariel*

DIEGO SZTULWARK

# El temblor de las ideas

Buscar una salida donde no la hay

*Ariel*

# I

## FENOMENOLOGÍA DE LA PERPLEJIDAD

### Activación performativa

*Las primeras llamadas a la puerta no obtuvieron  
respuesta directa, como de costumbre.*

FRANZ KAFKA

La pistola con la que Fernando Sabag Montiel intentó asesinar a Cristina Fernández de Kirchner (CFK) puede ser pensada como un sismógrafo.

El temblor de las ideas expresa un terremoto que sacude también a los cuerpos.

¿A dónde mirar cuando la *lente* que señala el futuro nos devuelve la imagen de la trampa?

Todo ha sucedido de manera tan vertiginosa que, cinco años más tarde, estamos hablando de otro mundo. Las causas y condiciones que desembocaron en este presente nos obligan a trazar una línea temporal que no puede desentenderse de los años de Mauricio Macri y los condicionamientos con los que asumió el peronismo bajo la promesa incumplible de volver mejores. A solo cien días de haber asumido, el gobierno de

Alberto y Cristina Fernández declaró una cuarentena para enfrentar una emergencia sanitaria que alarmaba al mundo entero. Casi un año después, los medios dieron a conocer la existencia de lo que llamaron «vacunatorios VIP»: la utilización de una de las primeras partidas de vacunas para proteger a funcionarios y a sus entornos. Ni en esa, ni en casi ninguna otra oportunidad, supo el gobierno contraponer sus criterios al lenguaje del escándalo que regula la tolerancia social a la lógica del privilegio. De modo que el 19 de febrero debió renunciar el ministro de salud.

El 27 de febrero, a una semana de la renuncia, referentes del opositor Juntos por el Cambio organizaron una pequeña y tenebrosa manifestación en la que grupos de jóvenes identificados como «Unión Republicana» y «Jóvenes Republicanos» colocaron frente a la Casa Rosada diez bolsas de polietileno negras, simulando mortajas, en las que pegaron carteles que decían en letra chica: «Estaba esperando la vacuna, pero se la aplicó»... Las bolsas llevaban escritos nombres de funcionarios del gobierno nacional, de dirigentes de derechos humanos y de agrupaciones militantes oficialistas. A esa *performance* realizada por activistas que reivindicaron la defensa de la vida, la libertad, la propiedad privada, el capitalismo y el libre mercado, le siguieron otras: la apropiación de saberes contraculturales fue desde el comienzo una marca distintiva de la emergente extrema derecha.

La acción del 27 F, desafiante de las restricciones sanitarias, escenificaba la muerte. Sacaba a la calle, entre la denuncia y la amenaza, el discurso del complot. En solo seis meses la oposición política pasó de difundir una carta de intelectuales derechistas, en la que denunciaba la cuarentena como la instauración de una «infectadura», a boicotear las

vacunas «rusas» y «chinas» como comunistas y, finalmente, a considerar criminal al gobierno por no distribuir ese bien codiciado de modo igualitario. La razón conspirativa dotaba a los *performers* de una plasticidad discursiva admirable.

La agresiva iniciativa de este activismo de ultraderecha arrasaba con toda posibilidad de comprensión de las contradicciones del momento. En particular, aquella más inmediata que surgía entre la cooperación científica y la movilización de los trabajadores de la salud, y la rivalidad empresarial y estatal en torno a las ganancias y a los sistemas de vigilancia y control. En su lugar, se fue imponiendo un desenfadado juego de desinhibiciones que tomaba por enemigo —al considerarlo elitista— al entero vocabulario político, caricaturizado como «políticamente correcto». La contraposición conspiracionista entre encierro y libertad permitió a los militantes reaccionarios soldar su alianza inverosímil con las invariantes profundas del sistema —la libertad como prerrogativa del propietario contra toda representación del poder público—, y actuar una parodia de revolución de individuos libertarios contra una especie de totalitarismo stalinizante.

Visto en retrospectiva, la *performance* desplegaba una escena que volvía audible aquello que, por efecto de la desigualdad creciente, de la incapacidad política del gobierno para preservar ingresos populares, del trauma pandémico y de la aceleración de las comunicaciones a distancia, buscaba vías de expresión. Un éxito no menor de estas intervenciones consistió en volverse acreedoras de un nombre impropio: antisistema. Estas milicias 2.0 capturaron ese grito inaudible, y acudieron a la estética en desuso del combatiente revolucionario en beneficio de una inédita defensa del sistema. El empleo de lo «anti» está en el corazón mismo de la operación. Cuando

la derecha extrema que pasó a la ofensiva tomó la palabra lo hizo para denunciar los llamados consensos democráticos del «Nunca más». La escena que montaban era portadora de una lectura política precisa: el pacto democrático y la retórica de los derechos —fundamento erosionado de la autoridad que regulaba la cuarentena— era, para ellos, la coartada de un sistema de privilegios arbitrarios a combatir.

Lo cierto es que, como en tantos otros países, también en la Argentina aparecían brotes de una radicalización derechista que condensa a fascistas, libertarios y conservadores: supremacistas en defensa de jerarquías propietarias y culturales, neoliberales en defensa de la tasa de ganancia, conservadores en defensa de un orden que sienten cuestionado. La ruptura comienza al nivel de la desinhibición del lenguaje. El libre uso de la injuria y el auspicio de la crueldad vienen aupados en un gesto de liberación respecto de una supuesta «política» cultural, despreciada como «progresista». La euforia del *performer*, la intensidad de su representación pública suscita una impresión difícil de compartir. Actúan como si estuvieran llevando a cabo una revancha muy esperada contra una serie de figuras que presentan en impreciso continuo: feministas, piqueteros, planeros, zurdos, comunistas y todo eso reunido en el englobante «kirchnerismo». La libertad como grito de guerra repondría, dicen, un orden natural —incluso biológico— largamente amenazado por una suerte de dictadura perversa encarnada en cada una de esas figuras. Semejante radicalización supone una fuerte desconfianza y una decidida impugnación de la derecha tradicional, considerada incapaz de retomar el timón del Estado y de gestionar la crisis del neoliberalismo. Esta derecha, percibida como claudicante agente del pacto democrático, es también objeto de desprecio, parte

del consenso democrático a destruir, pieza de una administración consensual de la dominación.

La radicalización de la derecha, en tanto fenómeno creciente, precisa ser comprendida. Pero en cuanto delirio propietario paranoico, es un objeto blindado. Su creencia en una amenaza sobre la propiedad privada como derecho natural inalienable vuelve equívoco el uso mismo de las palabras. El miedo del poseedor propicia la *anticipación*, la hostilidad preventiva y persecutoria. Thomas Hobbes veía en este mecanismo el alimento de la «desconfianza mutua». Basta que la situación no aparezca lo suficientemente asegurada —que no haya confianza en el Estado garante— para que el sujeto pase al acto. Dice Hobbes en *El Leviatán*: «Ningún procedimiento tan razonable existe para que un hombre se proteja a sí mismo, como la anticipación, es decir, el dominar por medio de la fuerza o por la astucia a todos los hombres que pueda, durante el tiempo preciso, hasta que ningún otro poder sea capaz de amenazarlo». La violencia preventiva descansa en un saber inconfesado: la natural igualdad entre los sujetos retorna como cuestionamiento a las formas artificiosas de la desigualdad socialmente instituidas. De ahí que en la lucha política el argumento desigualitario refuerce su eficacia acudiendo a la amenaza de muerte.

El enemigo solapado de la ultraderecha ya no es, como en la época de la Guerra Fría, el movimiento obrero organizado, el foco guerrillero o el militante comunista de partido. Sino el espectro de mil rostros de lo igualitario —la fuerza de trabajo, la cooperación social— tal y como subsiste, más o menos incapaz de emerger por ahora como política actual. La derecha extrema es producción de subjetividad al servicio de la lucha política. Y es también una opción política rupturista

posible para el bloque de clases dominantes; una oportunidad particular que, para el caso argentino, supone para las élites una coherencia con la apuesta a un patrón de acumulación basado en una inserción en el mercado mundial a través de la extracción minera, petrolera, gasífera y de producción de energía y alimentos y, por tanto, una infraestructura y una dinámica financiera adecuada a un patrón de acumulación basado en producción hiperconcentrada y transnacionalizada. La derecha extrema se presenta como movimiento de la subjetividad destinado a renovar los medios para asegurar las invariantes duras del sistema —explotación, despojo—, como una actualización de la historia entera de la reacción al servicio de sustituir un neoliberalismo en crisis; un código propicio para sincronizar con las derechas radicalizadas del resto de Occidente y un instrumento para sacarse de encima el lastre que les supone el pacto social y político que impone mediaciones y regulaciones de las que sienten que pueden prescindir. La agresividad de los *performers* condensaba tempranamente un desafío político más serio del que entonces podíamos prever.

## ¡Rebeldía de derecha?

*Se conocen pensamientos imbéciles, discursos imbéciles  
construidos totalmente a base de verdades;  
pero estas verdades son bajas.*

GILLES DELEUZE

Entre quienes se anticiparon a ofrecernos un mapa de nombres y conceptos para orientarnos ante la repentina aparición de una suerte de «antiprogresismo» militante —y de algo así como un «nuevo sentido común»— se encuentra Pablo

Stefanoni con su libro *¿La rebeldía se volvió de derecha?* (2021). Fue el primero, o uno de los primeros, en hacernos comprender hasta qué punto estábamos frente a algo nuevo, y en brindarnos una suerte de nomenclador para descifrar un vocabulario alucinado; nombres de autores de procedencia mayormente norteamericana, importados frenéticamente, corren en auxilio del hasta ese momento insignificante movimiento de extrema derecha argentina.

Lo curioso del libro es que nos enseñó a prestar atención a un fenómeno que no nos hubiera provocado la menor curiosidad si no fuera por la enorme fuerza de irradiación que alcanzó en amplios sectores juveniles durante la pandemia. De pronto, la palabra *derecha* fue asumida con un orgullo asombroso y militante. El de Stefanoni fue un libro de *advertencia*—sobre el estado de agitación en que habían ingresado las corrientes intelectuales más agresivas de la ultraderecha global norteamericana— y de *instrucción* urgente—sobre autores y planteamientos casi desconocidos por nosotros y que llevaban ya algunos años circulando en redes sociales—; una eficaz mapa de *orientación* ideológica: no es fácil asimilar la lógica misma que enhebra muchos de los planteos paleolibertarios, anarcocapitalistas y supremacistas; ni la velocidad con que prosperó esa actitud de histeria paranoica y brote anticomunista que parece haber olvidado la caída del Muro de Berlín hace más de tres décadas; ni menos la grosera facilidad con la que la persecución se derrama en ataques antifeministas, antihomosexuales y antiecologistas.

Solo dos años antes de la llegada de Milei al poder, Stefanoni se preguntaba por el sentido de publicar este libro en un país como el nuestro en el que «la extrema derecha es débil». En todo caso, consideró que el modo adecuado de introducir

este problema entre nosotros fue mediante una idea —ciertamente provocadora— de que lo que está en juego es una disputa por la *rebeldía*.

¿Por qué funciona esta provocación? La idea misma de una «rebeldía de derechas» reúne lo incompatible y trastoca los términos de la comprensión histórica, puesto que las «derechas revolucionarias» han sido los conservadurismos armados, los movimientos reaccionarios a la ofensiva o bien los golpes de Estado que emplearon la «revolución» para nombrar sus movimientos. ¿Qué redistribución misteriosa de las máscaras y los roles habría investido a estas derechas del papel transgresor, mientras que el mundo de las izquierdas, desteñido, habría quedado como custodio de un universo conservador?

Por supuesto, la provocación solo incita a pensar aquello que no nos atrevemos a pensar, y que requiere ser pensado muy de otro modo. Porque las derechas, por apariencia de «rebeldía» que adquieran, no cuestionan, sino que aseguran la lógica del capital, y su transgresión se reduce a proporcionar subjetividades reactivas adecuadas a la asistencia de la máquina de guerra del capital (lo que explica que la principal disputa de esta «nueva» derecha sea con una derecha moderada a la que llaman «comunista»). Y aun así, tomada como actitud, es decir como disposición anímica, esa pobre rebeldía, que no quiere cambiar realmente nada, se vuelve expresiva de un estado de cosas cuando conecta con descontentos populares más amplios, en condiciones históricas que es preciso repensar.

El esquema de partida de Stefanoni anuncia la transformación posicional que llevó a las izquierdas —o a los progresismos— a situarse en una defensiva *envenenada*, de resguardo

de valores y retóricas igualitaristas presentes de modo deficiente mayormente en el espacio de la «cultura» (modos de comunicar, políticas educativas, consensos en torno al respeto de las diferencias, legislaciones inclusivas, formas cuidadosas de la conversación pública) y como custodia de lo «políticamente correcto». Mientras que las llamadas «derechas alternativas» se habrían zafado de ese corsé y de esa función de «policía de lenguaje», esforzándose con éxito por «capturar el inconformismo social».

La doble novedad en este paisaje sería entonces el abandono de la izquierda de la revolución que cuestiona el sistema y el pasaje de la derecha a una posición agresiva, irrespetuosa de las convenciones del pacto de dominación y antinstitucional. De modo que la derecha extrema ya no sería simplemente la representación del orden frente a quienes lo cuestionan, sino un aventajado rival frente a unas izquierdas que aún se representan como herederas naturales de las ansias de emancipación. La derecha reaccionaria se ofrece entonces como una competencia y como una alternativa (relativamente exitosa en lo inmediato) para orientar el malestar.

La productividad política supuestamente «alternativa» de esta «nueva» derecha es parte de lo que está en cuestión. Stefanoni acierta —en el mismo sentido en que viene insistiendo hace años el investigador Daniel Feierstein— en «prestar más atención» a las tempranas intervenciones que han estado haciendo estas derechas desde principios de la pandemia en el contexto argentino. Desde el comienzo, estas intervenciones apuntan a poner en circulación una potencia «dislocadora», que usurpa la posición reivindicativa y empuja a las izquierdas hacia la impotencia (y el conservadurismo). Esta alteración de los lugares, que apunta a un desquicio de referencias

históricas, enloquece a la propia derecha extrema, que debe a la vez cuestionar y criticar un estado de la política y la cultura, custodiando y defendiendo las jerarquías de un orden cuya dinámica apenas si comprende. Su avidez activista, su obsesión con la literatura de las izquierdas y su captura del lenguaje revolucionario, convive de modo revulsivo con la preservación de las supremacías raciales, de género y de clase.

¿Qué lee la derecha en la izquierda? El publicista ultra-reaccionario Agustín Laje se quejaba en 2018 porque «a la derecha la reventó la falta de formación, no hay intelectuales de derecha». En una nota de Juan Elman, publicada en la revista *Anfibia*, Laje se lamenta de esta carencia entre los referentes del macrismo: «Supuestamente su intelectual orgánico es Alejandro Rozitchner, que es un vendehumo total. Es un tipo al que yo considero como progre; y más allá de eso es una vergüenza que esté cobrando por dar cursos de autoayuda».

Elman cuenta que Laje se jactaba por entonces de tener una biblioteca «con más de mil ejemplares: un 80% de ellos son de autores de izquierda», pues los libros de derecha lo aburren y se siente más a gusto leyendo a Foucault o Zygmunt Bauman. Hay una verdadera *fascinación* con las creaciones de sus enemigos. Laje se declara «admirador de Carta Abierta», y en particular de Ernesto Laclau. De hecho, aprecia la noción de un «populismo de derecha» como una habilitación a apropiarse, por medio de una sencilla inversión, de los argumentos teóricos sobre el lenguaje y la hegemonía. Ahí donde Laclau enuncia que el populismo es «una forma de construir lo político», el publicista encuentra una autorización al convocar al «pueblo llano» para atacar a los intelectuales ligados al Estado. Se trata entonces, para él, de hacer confluir en una lógica articuladora plural, y en torno a significantes apropiados por

la reacción, toda una gama de insatisfacciones en un frente único conservador.

El problema de los modos de lectura abre paso a una cuestión que escapa de los marcos que estudia Stefanoni: el peso de la versión propiamente argentina de esta corriente. Su filiación directa con el lenguaje antinsurreccional de la última dictadura, y su sostenido combate con el populismo de izquierda (kirchnerismo). La pregunta de cómo lee alguien de la ultraderecha un libro como *La razón populista* encuentra en Laje una respuesta nítida: «Yo creo que una estrategia hegemónica entre liberales, conservadores y nacionalistas puede darle un sentido, no al pueblo, sino a la resurrección de la derecha».

Es mérito de Stefanoni haber reparado en el grupo de Milei cuando aún eran personajes marginales. En su libro, dice que ellos se dividen las tareas: Milei se ocupa de la economía atacando al keynesianismo y Laje se ocupa de la «batalla cultural» enfrentando la ideología de género. No es exagerado ver en esta división de tareas una versión apresurada de las instancias marxistas de estructura y superestructura, pero con un detalle. La ultraderecha siente que ha hecho un importante aprendizaje. El control de la cultura —entendida como totalidad de la subjetividad humana— adquiere ahora para ellos la relevancia de una instancia decisiva, abarca la dimensión extraeconómica del proceso de acumulación de capital. Para ella, las victorias militares sobre la izquierda de los setenta y las victorias en la lucha de clases económica contra la clase obrera no han sido suficiente garantía de control político. Este es el terreno cultural en que se desempeña en última instancia la dimensión intelectual de una borroneada lucha de clases. Al considerar que la política se decide en un espacio cultural, que debe ser enteramente reorganizado por tecnologías de

pantallas y nubes, y por flujos semióticos despojados de todo anclaje en cuerpos colectivos, la derecha extrema disuelve la política en la cultura, la cultura en la comunicación y la comunicación en la interacción codificada entre unos individuos alucinados por ideales como Dios y la Patria.

En varias intervenciones posteriores fueron narrados los esfuerzos de la publicística fascistoide por «comprender» a sus inquietantes enemigos. De ese esfuerzo de interpretación surge el siguiente resultado: Antonio Gramsci habría sido el genio que desplazó la lucha de clases desde la economía —terreno en el que la izquierda habría sido derrotada— al campo de la cultura; los maestros de la escuela de Frankfurt (en particular Herbert Marcuse) son quienes habrían enseñado a desplazar el conflicto hacia el enmarañado campo del deseo sexual anticipando al feminismo y lo que el autor llama el «homosexualismo»; Michel Foucault fue el difusor de una microfísica del poder y la resistencia como estrategia válida en todos y cada uno de los ámbitos de la vida (de la familia a la escuela, etc.); el historiador inglés Perry Anderson sería el sistematizador de una rebelión en el espacio de las superestructuras occidentales, y el ya mencionado Ernesto Laclau, el promotor de una puesta en equivalencia de toda demanda social para confirmar populismos capaces de controlar el Estado.

En definitiva, la entera teoría crítica del siglo XX no sería sino una serie de astutas maniobras izquierdistas tendientes a simular su derrota originaria en la lucha de clases multiplicando el conflicto social por medio de sucesivos disfraces, que pasan por el indigenismo, las teorías *queer* y el ambientalismo. Semejante interpretación, que atribuye la persistencia de una creatividad social resistente a la eficacia de los más brillantes intelectuales, redundaría en un sistema de tareas para

los militantes de la extrema derecha. Estas van desde acercarse a los libros y los objetos de la cultura como espacio de involucramiento político en la lucha contrainsurgente, hasta detectar comunistas agazapados en cualquier conflicto social y registrar los desplazamientos que la izquierda subversiva fue realizando sobre los espacios de la cultura, la sexualidad, la micropolítica, las superestructuras y el espacio genérico del lenguaje, como campo fundamental para librar la batalla decisiva.

La tentativa de refutación y reapropiación, y por tanto de enemistad y fascinación, pone en juego una escena de transmutación en la que el lector reaccionario toma la iniciativa sobre textos pertenecientes a una tradición subversiva. Se trata por tanto de textos desprendidos de su relación con las prácticas que animaron en ellos sus múltiples sentidos históricos, y que ahora pasan a ser reducidos a panfletos instructivos o manuales de uso apropiados como materia prima para prácticas de censura, impugnaciones o tácticas de contrapropaganda contra enemigos descorporizados que, precisamente por ser puramente imaginarios, pueden ser víctimas en cualquier momento de cualquier etiqueta ideológica descalificante. La ultraderecha extrae una plusvalía política de esta apropiación. Cae en una relación de dependencia intelectual con el campo discursivo de izquierda, de pura inversión, de explotación.

Pero la provocación de Stefanoni no va por ahí. La suya es una irónica investigación sobre las fuentes más bien norteamericanas de la acusación que la llamada «nueva» derecha ejerce sobre las izquierdas, caracterizándolas como un fenómeno exclusivamente cultural, desprendido de la lucha de clases y autocomplaciente, confortablemente acomodada en laureles académicos, influencias comunicacionales y

transacciones políticas a la que le ha arrebatado los pergaminos de la rebelión. La ironía es efectiva en advertir sobre un fenómeno amenazante en ciernes, señala de un modo algo aéreo la esterilidad en la que quedó atrapado el progresismo y dice poco sobre la naturaleza del territorio en que permanecen entrampadas las luchas emancipatorias. Habría que completar la lectura con las investigaciones del ya citado Feierstein o con el ya clásico ensayo de Silvia Schwarzböck, *Los espantos. Estética y postdictadura*, sobre las razones por las cuales la importación de los lenguajes y razonamientos de la derecha extrema norteamericana calza tan fluidamente con el de los partidarios del terrorismo de Estado en la Argentina.

Para Schwarzböck, la transición democrática inmediatamente posterior a la dictadura solo dejó lugar a «vidas de derecha». Siguiendo a Rodolfo Fogwill, la autora describe el período de posdictadura como una situación en la cual aquellos que fueron victoriosos en la guerra contrarrevolucionaria se vieron eximidos de narrar su triunfo —situación que los intelectuales de la derecha fascistoide prolongan en su discurso—, mientras que los derrotados —los sobrevivientes— se encuentran compelidos a tomar la palabra y narrar lo que pasó: desde sus militancias hasta la represión. Mientras los vencedores se dedicaron a disimular su propia implicación en los medios empleados para lograr su victoria, los vencidos fueron subsumidos en la nueva atmósfera testimonial a través del dispositivo de la cultura, el cual ofrece espacios para enseñar, dar charlas y escribir sin tensar las relaciones sociales y políticas.

De este modo, Schwarzböck explicita lo que todos sabemos: que la cultura separada de la economía y la política forma parte del dispositivo de la derrota, y no una estrategia

exitosa de las izquierdas. Cosa que estuvo clara para Gramsci tanto como para Perry Anderson, para quienes la cultura era lo que era en la medida en que también en ella se desarrollaba la lucha de clases, y de ningún modo un ámbito separado a colonizar. De hecho, el intelectual orgánico gramsciano lo es en la medida en que sus prácticas «culturales» están ligadas a las prácticas productivas subalternas de los grupos o clases sociales a las que se liga. Y Anderson es más bien un crítico y no un partidario de la autonomización de las superestructuras que advierte en el giro «posestructuralista», al que considera separado de la materialidad del antagonismo.

Por otra parte, es por lo menos discutible que la cultura en el capitalismo posfordista y neoliberal sea un espacio *separado* de la producción y por tanto de la lucha de clases. Por el contrario, tal y como enseñó el marxismo posobrerista (cuya máxima referencia fue Toni Negri), las prácticas ligadas a la comunicación, a la información, al conocimiento, a los cuidados, a los lenguajes, se han convertido en un territorio económico y productivo fértil; un territorio que no encaja con una idea demasiado simple de la superestructura. La cultura no es por tanto el espacio en el que los derrotados de la lucha de clases continúan su guerra de un modo confortable, ni la inocente imagen de una sala de máquinas del lenguaje que la extrema derecha sueña con ocupar (desalojando del ministerio de educación al «marxismo cultural») para dar fin al conflicto social, sino un ámbito privilegiado de una comprensión abierta y plural —la única que existe— de la lucha de clases (que no puede no transcurrir por la disposición de los cuerpos, las ideas y los lenguajes).

La expresión «marxismo cultural» empleada como cabalito de batalla por la generación de derechistas extremos es,

pues, un contrasentido. Pero no una invención arbitraria. Remite para ellos a la existencia efectiva de un marxismo *derrotado* y refugiado en una comprensión burocrática o mercantil de la cultura; y a una comprensión grotesca de la innovación de los años sesenta que puso su atención sobre el deseo, los imaginarios y los modos de vida.

En el corazón de la expresión «marxismo cultural», la derecha extrema pretende borrar el rico proceso de antagonismos sociales de las últimas décadas de inspiración feminista, anticolonial, antimperialista, pacifista, de un nuevo clasismo autonomista, indigenista, ecologista y contracultural. Más que de clases sociales derrotadas en la economía (que retornan fantasmales en la cultura), estos sujetos suponen más bien la emergencia de nuevos actores revolucionarios que, sin copiar las tácticas del viejo movimiento obrero y del marxismo clásico, renovaron tejido de potencia subversiva dentro y fuera de las fábricas, tanto en la teoría como en la lucha política. Fue contra este tejido económico, cultural y político que se llevó a cabo en la Argentina el genocidio. Fue contra estos sujetos que actuó la «vieja» derecha armada, con su golpe de Estado, su tecnología antinsurreccional y su apuesta a la reestructuración neoliberal del capitalismo.

¿Por qué los hijos de la contrarrevolución de los años setenta vuelven ahora sobre aquella nueva izquierda, cuyos conceptos y tácticas tanto le fascinan? Por un lado, porque las cuatro décadas que nos separan del fin de la última dictadura supusieron la incesante recomposición del campo social a partir de la activación de sujetos sociales —derechos humanos, agrupamientos sindicales, movimientos piqueteros, indigenismos, feminismos— que desbarataron una y otra vez el consenso narrativo que la derecha cree necesario imponer

para controlar las variables de la acumulación. La lectura en clave antinsurreccional de los levantamientos de 2001 en la Argentina y de 2019 en Chile son momentos extremos para la reacción de la «nueva» derecha. Por otro, porque la propia acumulación neoextractiva, así como la expansión de la precarización laboral, supone reforzar controles socioterritoriales. Y el control socioterritorial no es un fenómeno de técnica de manejo poblacional, sino un campo en el que se revalidan y cuestionan prácticas represivas. La llamada «nueva derecha libertariana» interviene sobre este campo conflictivo argumentando en favor de reconocer, ampliar y fortalecer la desigualdad existente, y promoverla no como efecto de relaciones de explotación, sino del libre juego de interacciones voluntarias que debe consolidarse en el tiempo. El igualitarismo —dicen sus ideólogos, citando a Murray Rothbard— es una inconveniente práctica de disolución de los criterios de autoridad. Pues en ausencia de jerarquías domina el «relativismo moral y cultural» y «todo vale moral y culturalmente lo mismo».

Si el capitalismo es un sistema de producción de sujetos adecuados a la producción de mercancías, no es de extrañar que prevalezca en él una comprensión de la cultura como garante del proceso de acumulación. Lo que ahora parece estar en juego es la productividad política de los mecanismos de sujeción cultural en clave contrarrevolucionaria. Como lo explica Maurizio Lazzarato en su libro *El capital odia a todo el mundo* (2020), la máquina reproductiva se torna obsoleta y demanda ser atendida por ejércitos de técnicos. Precisa ser defendida por una subjetividad política cada vez más reaccionaria. Y, además, promueve cada vez con más intensidad la guerra entre e intra Estados.

Por paradójal que resulte, es sobre todo cuando la izquierda cae en la impotencia revolucionaria que la derecha extrema recurre al lenguaje agresivo de la contrarrevolución, quizá para darse ánimos en su mezquina tarea de exacerbar el saqueo y enfrentar toda resistencia social. Es curioso ver a la «nueva» derecha recoger el instrumental de lucha del que la izquierda parece avergonzarse (hemos escuchado a Milei citando textos de Lenin que el progresismo guarda enmohecidos en las partes inalcanzables de sus bibliotecas). No es que la derecha se torne revolucionaria —en un sentido marxista—, sino busca capturar mecanismos que le permitan modelizar subjetividades represivas capaces de asistir la falta de vigor de la máquina neoliberal en ruinas. Es esta escena desquiciada, que ha colocado la derecha fascistoide al frente del malestar social contra el sistema, la que motivaba la ironía de Stefanoni.